

EL MEXICANO Y SU HISTORIA

Hugo DIAZ THOME

LA HISTORIA, PARA EL MEXICANO, es un problema de conciencia. Adoptar la postura adecuada, situarse ante el pasado, ha sido el drama cotidiano del hombre de nuestras tierras. Crítico de fino espíritu, sensible a todos los contactos, a todos los murmullos, a todas las esperanzas, el mexicano ha construído un mundo histórico cimentado en valores cuya vigencia es universal. Si quisiéramos definir cuál es, cuál ha sido, la actitud del mexicano ante su historia, habría que comprender que esta actitud está condicionada, no por su "idea del pasado", sino por su actitud ante el futuro.

Cuando México surgió como nación independiente y ante sus ojos se extendió el campo inmenso de la vida nueva, y había fe y había optimismo, se condenó al pasado y se habló de la colonia como de la noche negra de nuestra historia. Malos tiempos vinieron después, y muchos de los hombres doctos de aquella generación, ante el fracaso de sus vidas, nada esperaban ya, e interpretaban la historia de su pueblo bajo el signo de la fatalidad. Así, decía Alamán después del desastre del 47, al contemplar nuestro pasado, en el que él y los suyos no veían sino ruinas y oprobio: "nada ha quedado más que la sombra de un hombre en otro tiempo ilustre". Rotos los diques de la dictadura santannista, pudo verse un nuevo planteamiento de los problemas del país elaborado por los hombres de la Reforma. La fe no había muerto en el pueblo; lo que era una minoría al día siguiente de la invasión norteamericana —decía Justo Sierra—, era la mayoría del país la víspera de la invasión francesa. Pero vino el positivismo, y con él se acentuó la idea del progreso como explicación del proceso histórico. La marcha del país era una gran evolución hacia su perfeccionamiento. El orden sustituyó a la Libertad, y el pasado fué visto como error cometido por la ignorancia del mecanismo de las ciencias sociales. La Revolución mexicana comenzó como una lucha directamente política que poco a poco definió sus preocupaciones sociales. Como la insurgencia, durante la

marcha de los acontecimientos adquirió conciencia de su ser, clarificó sus propósitos, y en los debates del Constituyente otra vez el mexicano miró su pasado inmediato como la negación de sus ideales.

Hoy, se abren ante nuestros ojos dos grandes senderos de interpretación histórica: el que se refugia en Alamán y ha hecho del resentimiento la base de su conducta, y la nueva escuela, del Hombre y la Cultura, que ahonda en nuestras esencias e indaga y explica la realidad de nuestra conciencia histórica por medio del tratamiento filosófico de nuestros problemas.

SE HAN EXPLICADO YA, en otras ocasiones, cuáles son los orígenes y las primeras manifestaciones de una conciencia histórica netamente mexicana. Se ha advertido cómo desde el siglo xvi el español modifica su concepto del mundo como resultado de la influencia de las tierras recién descubiertas. Hay entrega del conquistador al mundo nuevo, y si hay exaltación del hombre de la conquista, como en Bernal, no es ya porque se considere aún ligado a la sociedad de donde proviniera; antes bien, porque frente al peninsular que llega después de consumada la hazaña, defiende lo único que es suyo en ese momento: su futuro. El conquistador ya no regresa, rompe con su pasado y se orienta hacia formas nuevas de vida.

El criollo, el nativo, está siempre diferenciado del español; no convive con éste en un pasado común. El pasado del español peninsular no es el pasado del criollo y mucho menos del mestizo o del natural, extraño a lo sucedido hasta entonces en el mundo hispano que lo rodea, sometido en su presente y sólo con la ventana de lo porvenir abierta a sus posibilidades.

En el siglo xvi no había un "pasado común" para los habitantes de la Nueva España. Ni lo hubo después, ya que a medida que avanzaba el mestizaje, sólo podía haberlo para quienes participaran de esta categoría social, pero nunca para el español, cuyo mundo histórico era otro.

Por este concepto del pasado los diferentes grupos de la Nueva España asumieron una actitud diferente en su vida; no esperaban lo mismo de la evolución de la colonia; pero fué menester que transcurrieran trescientos años antes de que

se manifestaran como antagónicos los mundos históricos: el del grupo de criollos y mestizos, para quienes la colonia era su pasado, todo su pasado, y el de los peninsulares, conscientes aún de la tradición ibérica de otros tiempos.

Varios elementos contribuyeron poderosamente a la formación de esta nueva idea de la Historia. Puestos a considerar el pasado, los caudillos insurgentes rechazaron los antiguos valores, crearon nuevos principios, y su idea del destino histórico del país los llevó a enfocar el pasado como una negación de los valores de nuestro ser histórico.

Desde los siglos xvii y xviii, Sor Juana, Sigüenza y Góngora, Granados Gálvez y Eguiara y Eguren, escribieron sus obras con claros visos de conciencia americana. Apartándose de la ortodoxia de la historiografía hispanista de la época, investigaron y estudiaron el pasado dejando trazados en sus obras elementos que andando el tiempo habían de ser constitutivos de la historiografía mexicana. A esta incipiente corriente americana débense agregar las críticas europeas de la Historia e Historiografía imperial española. Por razones de política, otras potencias europeas no vieron nunca con agrado la integración del imperio español en América, y menos aún aceptaron la justificación aducida para el dominio de estas tierras. En el siglo xviii la Filosofía de las Luces, al modificar el concepto del hombre y de su postura histórica, favoreció las críticas de la contextura del imperio español.

El americano encontró que los Derechos del Hombre se violaban en su perjuicio por la dependencia política, y que la nueva teoría económica daba una valoración diferente a estos países americanos, haciéndolos conscientes de su responsabilidad histórica. Era la época de integración del Imperio Británico, del nacimiento de Estados Unidos, del nuevo concepto del mundo y del Hombre, consecuencia de la Revolución francesa. Las nuevas formas económicas de vida y las guerras napoleónicas cambiaron la política del mundo, haciendo al hombre americano parte del concierto mundial de las naciones, impedido de los goces que esta tesis le ofrecía por la sujeción española, pero apto para conseguir su liberación. Los viajeros europeos en tierras de América contribuyeron no sólo a difundir las nuevas ideas, sino también a dar a los americanos un concepto diverso del mundo histórico. La visita de

Humboldt avivó, como ninguna, estas ideas de potencia económica y de posibilidad de independencia. El mexicano adquirió conciencia de su valor, de su riqueza, de sus posibilidades políticas; y esto, unido a la Filosofía Ilustrada y a las obras antiespañolas de autores europeos, preparó las mentes para nuevos conceptos de vida, para una revisión del pasado.

También las obras de los jesuitas situaron a fines del siglo XVIII la cultura mexicana —lo mexicano— de lleno dentro de la cultura universal del mundo, e hicieron del pasado indígena algo positivo, vivo, parte integrante del ser novohispano. Gracias a estas ideas, lo indígena pasó a ser lo mexicano. Las antigüedades mexicanas comenzaron a ser tratadas en cuanto esencias de una cultura que no debía perderse, y no ya, como hasta entonces, en cuanto antecedentes valiosos para una acción evangelizadora.

Por otra parte, mediante un proceso de pensamiento explicable por sí mismo, primero fué americana la conciencia y después mexicana, pues primero se diferenció lo americano de lo español y después lo mexicano de otras particularidades de nuestro continente. Lo español era una categoría social, como "lo criollo" o, inclusive, "lo indígena".

Esta diferenciación entre lo español y lo americano, operada plenamente a principios del siglo XIX, fué el punto de partida para la afirmación de otros principios que hicieron de la insurgencia una guerra social. Consciente el americano de su jerarquía inferior, considerándola injusta ya, pasó a fundamentar su idea del mundo en otros principios, auxiliado por la filosofía liberal. El americano consideró al español un usurpador, un invasor de sus dominios y, a semejanza de la España medieval, se lanzó contra el extranjero como si se tratase de un reversión de la conquista.

El americano, al afirmar su personalidad diferente, fué en busca de valores que sirvieran de apoyo a su postura y que pudieran aducirse contra la cultura hispana. Estos principios estaban en el mundo indígena, acogido por el americano como suyo, y en cuya defensa blandió la espada. Los indios, los sometidos por las armas hispanas, eran los dueños legítimos de estas tierras, y, con ellos, los americanos sus descendientes, pero nunca el español invasor. La defensa sincera de estos principios y la conciencia popular adecuada ya a ellos hicieron

de la insurgencia una lucha entre privilegiados y no privilegiados, entre los que tenían el poder y la riqueza y quienes no los habían y que se consideraban despojados por la acción de las armas ocurrida trescientos años antes.

Y así, con un criterio histórico alimentado por una filosofía que igualó al Hombre como ser histórico por excelencia, el insurgente se lanzó a la lucha por la Libertad. Desde entonces, la defensa del indio sólo ha sido hecha por quienes tienen del Hombre un concepto positivo y universal. Lo indígena es algo tan nuestro como nuestro propio ser; Mier lo usó como canal para poner de manifiesto los valores del mundo histórico americano. España, se dijo, había impedido el progreso de estos pueblos, había amparado la negación de los valores propios del mexicano. Al libertarse, el mexicano condenó su pasado, y confiando en su libertad, soñó en la grandeza de su pueblo. Había optimismo y fe en el destino histórico del país.

Pero vino el fracaso de Iturbide y las revueltas intestinas que agudizaron la crisis del país. Quienes habían militado en el bando contrario a la insurgencia, o cuyas simpatías o intereses estuvieron del lado conservador, atribuyeron a la guerra de independencia, al pasado inmediato, la responsabilidad de las dificultades de la República. Se decía que Hidalgo y Morelos habían hecho de la guerra un desastre nacional, y se añoraba la colonia como una era mitológica, firme y superior a cuantas mejoras se habían conseguido hasta entonces. Y se entabló la lucha cruel y agotadora; por una parte, entre quienes, todavía confiados en nuestro destino, aún negando la herencia española, intentaban reformar al país, urgidos por los requerimientos del liberalismo. En la otra parte estuvieron los que tenían los ojos y la mente en la colonia. Reconsideraron el pasado colonial, para reevaluarlo y enfrentarlo como ejemplo al presente dramático de entonces.

La guerra del 47 acentuó aún más, si esto era posible, el conflicto de las conciencias. El desastre de lo ocurrido favoreció las críticas al liberalismo, porque había dado la independencia al país cuyo mantenimiento era tan costoso. Vino un cambio en la perspectiva histórica de México; el dolor, el peso de la fatalidad, se hizo presente en algunos de los hombres de la época que se inclinaron ante lo irremediable, con plena conciencia de renunciación a su ser histórico. Vieron su pasado,

su realidad, como una inmensa losa que fatalmente les había aplastado cuando se alejaron de la corona hispana. Para ellos, México había desaparecido como nación y como pueblo. No tenían futuro, y renunciaron a su fe en el país.

Hay una página en Alamán que define esta actitud de renuncia; decía a fines de 1852:

Méjico será sin duda un país de prosperidad, porque sus elementos naturales se lo proporcionan, pero no lo será para las razas que ahora lo habitan, y como parece destinado a que los pueblos que se han establecido en él en diversas y remotas épocas, desaparezcan de su superficie dejando apenas memoria de su existencia; así como la nación que construyó los edificios de Palenque y los demás que se admiran en la Península de Yucatán quedó destruída sin que se sepa cuál fué ni cómo desapareció; así como los toltecas perecieron a manos de las tribus bárbaras venidas del Norte, no quedando de ellos más recuerdo que sus pirámides de Cholula y Teotihuacan; y así como por último, los antiguos mejicanos cayeron bajo el poder de los españoles, *ganando infinito el país en este cambio de dominio*, pero quedando abatidos sus antiguos dueños: así también los actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquéllos merecieron, se podrá aplicar a la nación mexicana de nuestros días lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: *Stat magni nominis umbra*: no ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre.

No había, pues, fe en el mexicano, condenado a desaparecer. Para ese grupo, los valores del país eran sólo negativos. Condenaron todo acto que pudiera modificar este criterio, y como la guerra del 47 no trajo la destrucción de nuestro pueblo, buscaron en Europa el amparo de otras culturas y de otros regímenes, pues ninguna reforma podía modificar aquella situación, en donde todo era desvalor. Y se dió la paradoja de que el emperador venido de Europa, como los conquistadores de otras épocas, rompiera con su pasado al aceptar la corona de México y pusiera toda su fe en los recursos naturales y espirituales de un pueblo al que los monarquistas mexicanos le habían negado toda posibilidad de salvación. Maximiliano, rotas las ataduras que le unían a la corona austro-húngara, vino e intentó fincar su imperio en la tradición liberal: conmemoró el grito de Dolores, y si de él hubiese dependido, ésta hubiera sido su patria.

Pero hubo quienes asimilaron como experiencia los disturbios y fracasos ocurridos hasta entonces. Era la segunda gene-

ración liberal que intentaba un nuevo planteamiento de los problemas sociales y económicos del país. Superó los esquemas existentes, dejó de llamarle Indio al indio para llamarle mexicano. Había nutrido su cultura en la lectura de los clásicos europeos de la época, y en sus escritos existe la presencia de la interpretación materialista de la Historia. Promulgó una Constitución cuya vigencia duró sesenta años. Las Constituciones son buen camino para conocer la conciencia histórica de México. Sólo las hacen quienes asimilan el pasado como experiencia y planifican lo porvenir con las líneas esenciales de nuestra voluntad histórica. Así han sido las Constituciones de 57 y de 17. Con la Reforma, los problemas del país volvieron a ser acometidos con los elementos propios. La libertad de los hombres, la equidad en su situación económica y su desarrollo en el campo de la cultura fueron las tareas de estos hombres que no conocieron el rencor ni el abatimiento. A su triunfo, decía Justo Sierra, la República fué entonces la Nación; México había salvado su independencia, conquistado la plena conciencia de sí mismo y avasallado a la historia. Comenzaba una nueva era en donde el pasado no era ya un arma en manos de triunfadores, sino un medio para comprender al pueblo, para interpretar sus afanes y esperanzas. Juárez resumió esta actitud de los hombres de su época en clásica sentencia: "Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz."

Varios elementos entraron en la composición de la idea que el porfirismo tuvo de la historia. Fué su gobierno un caudillaje más maduro que otros, el de Santa Anna, por ejemplo. Creyó que la paz, el orden, eran la meta suprema de las sociedades, y que había que establecerla como imposición, por encima de todas las injusticias y de todas las miserias. Por ello se decía que un gobierno de tal naturaleza imprimía hábitos contrarios a la voluntad popular, lo que habría de determinar que, conforme con ese sistema, podría haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. La experiencia fué dejada de lado; se creyó que el pasado había sido superado por la conducta de aquel hombre excepcional. Se cerraron los ojos para no ver el desenlace que en otras épocas había tenido el sistema de los latifundios, de la negación de los derechos de los trabajadores,

de la ignorancia como sistema. Es que se habían vuelto las espaldas a la realidad; el futuro se proyectó sin más base que la fuerza del dictador. Fué una época en que la doctrina de la evolución, recogida sobre todo de los escritos de Spencer, tuvo vigencia generalizada. Esto contribuyó en buena medida a demostrar el complejo de inferioridad del mexicano. La idea de la lucha entre las especies y la supervivencia de la más apta hacía mirar con poco aprecio a lo indígena, y lo hispánico no andaba por aquellos años, cercanos al desastre del 98, con firmeza. Aunque subsistía el lazo del idioma, estaba sujeto, en la prosa y en el verso de los escritores de la época, a la influencia constante de la literatura francesa.¹ “En los versos se bebía el vino de Francia...”, ha dicho Mediz Bolio. El porfirismo fué extranjerizante; jamás tuvo fe en el mexicano, en lo mexicano. Por encima de nuestras esencias se auspiciaron falsos galicismos. Se hablaba en francés, se idealizaba a Mimi Pinsón. La influencia europea era decisiva en todos los órdenes: en la economía, en la ciencia política y, sobre todo, en la actitud ante la historia. Lo indígena fué considerado como factor negativo, y se ensayó por entonces una interpretación racista de nuestra historia, contra la postura indigenista de algunos historiadores de la época anterior y contra lo hispánico, considerado como categoría secundaria respecto de la cultura europea en general.

La tarea de la Revolución fué destruir las bases políticas e ideológicas del porfirismo. Socialmente la lucha iniciada en 1910 introdujo cambios profundos en la vida de la nación. La remoción de las clases fué intensa; el ejército, como en la Independencia y en la Reforma, se nutrió de elementos populares, y a las ciudades llegaron hombres del ambiente rural. Por medio de leyes se quebrantaron los latifundios, se atendió a la restitución y dotación de tierras y al mejoramiento cultural de los campesinos. La Revolución mexicana comenzó siendo una lucha directamente política, que poco a poco fué definiendo sus preocupaciones sociales. Fué nacionalista, segura de la categoría del mexicano. Y si el símbolo de la vana personalidad del porfirismo fué la Duquesa Job, de ajena sensibilidad, la Revolución encarnó en Manelik —en nuestro pueblo—, a quien decían nuestros precursores y caudillos, como el poeta:

*...oh carne santa y pura del pueblo, carne abierta,
por el golpe del látigo infamador, despierta!
Cuando entre la impudicia de los hombres te sientas;
cuando en tu pecho el odio desate sus tormentas;
cuando todo te nieguen y te insulte el orgullo
levántate y exige que te den lo que es tuyo!
Si sientes la injusticia desgarrándote el pecho;
si te estrujan la vida, si te infaman el lecho,
si te pagan la honra con mezquino mendrugo,
no envilezcas de miedo soportando al verdugo;
no lamas como un perro la mano que te ata!
Haz pedazos los grillos, y si te asedian, mata!
Que la soberbia aleve halle tu brazo alerta!
A veces es justicia que la sangre se vierta...!*

La Revolución nacionalizó nuestra actitud ante los problemas; con ella, lo mexicano pasó a primer término y, desde entonces, ya desaparece ese falso complejo de inferioridad que el porfirismo había suscrito.

Pasada la exaltación del triunfo, la Revolución ha iniciado la asimilación de su pasado por medio de la comprensión de la historia de nuestro país. De acuerdo con esta tesis, no se disculpa ni se ataca a los personajes de otros tiempos, pero sí se precisa quiénes negaron lo nuestro, quiénes asumieron actitudes de desconfianza y prefirieron el dominio español o el francés a las realizaciones propias. En 1917, triunfante ya el movimiento revolucionario, se hizo palpable la necesidad de convertir la Revolución en régimen de gobierno. La lucha había tenido un primer período romántico con Madero, otro heroico con Zapata y Villa y un régimen de comprensión y de firmeza con Carranza, en una época turbulenta y desorganizada. Pero ya para entonces no bastaban los moldes anteriores, ni siquiera la Constitución de 1857, definidora de la conciencia histórica de su tiempo. Era menester hacer de nuevo todas las instituciones y las leyes que habrían de regir al país. Así lo requería el cambio operado por la lucha; ya no era el México de 1909, era otro diferente, surgido de la voluntad del pueblo. Así renació la postura optimista y fecunda del mexicano ante su historia.

En nuestros días asistimos a las últimas manifestaciones de la glorificación del pasado porfirista frente a lo que vino después. Es la escuela alamanista, de evocación grata de la

solidez de los regímenes coloniales y de expresión de disconformidad, de resentimiento, ante la realidad actual. Quienes no comprenden su presente, hallan siempre refugio y abrigo en el pasado. Alamanismo e hispanidad son las características de esta escuela, que ya desaparece.

La otra tendencia contemporánea ha fundido en síntesis de interpretación ideas y conceptos que en otra época se hubieran juzgado antagónicos. Para comprenderla, es menester tener en cuenta que en nuestra historiografía ha sido más significativa la "idea de México" de cada autor, que su "idea de la Historia". Reflexiones sobre nuestra conciencia histórica las encontramos en las obras de nuestros pintores, en el teatro y en la novela, en la fina sensibilidad de nuestros poetas, en los actos de nuestro pueblo. El propósito de todos es siempre explicar el concepto que cada quien tiene de México y de su historia.

Antes de indagar ¿qué es la historia? parece que cada mexicano se ha preguntado: ¿qué es México?, y sus actos y obras responden a esta preocupación. Y es que lo que impele a nuestros hombres a la investigación del pasado es la imagen que se forma del futuro. La necesidad de bosquejar éste lleva al mexicano a conocer su pasado, a asimilarlo, como base para esa imagen de lo por venir.

Frente a las críticas negativas y racistas del porfirismo respecto de lo indígena, la escuela del mexicano de hoy, escuela del Hombre y de la Cultura, ha aprehendido el mundo indígena y lo ha hecho suyo, como que es fundamento de nuestro concepto de la vida. No se cantan ya en la poesía los temas ligeros del modernismo, se canta hoy a Cuauhtémoc, como un símbolo contra la adversidad.

El criterio liberal-revolucionario de nuestra época ha entendido al indígena como algo propio, como expresión humana, válida como todas. En esto, nuestra tradición es profunda. Viene desde los misioneros y juristas del siglo xvi, de los conceptos de libertad e igualdad que trajeron a la Nueva España. Nuestro criterio de juzgar iguales a todos los hombres tiene entre nosotros una vigencia de más de cuatro siglos. Se halla en los escritos de Vitoria y de Las Casas, defensores de la hermandad humana, en los decretos de Hidalgo y de Morelos,

en los principios sostenidos por Gómez Farías, en los fundamentos de la Reforma y de la Revolución.

Sólo mediante el mestizaje es posible realizar la comprensión total de nuestro pasado. Si estudio del Hombre significa el entendimiento de todas las características, de todas las aristas, de todas las peculiaridades, el mexicano de hoy asimila lo mismo las posibilidades de lo indígena que de lo hispánico para la realización de nuestra cultura. En esto, se mantiene dentro de la línea trazada por la voluntad tradicional de nuestro pueblo, que jamás ha visto otras diferencias que las sociales y económicas, y que ha convertido el Derecho en la expresión más alta de su conducta, de lo que tantos ejemplos hay en nuestra historia.

Hay, por último, otro fundamento de esta tendencia actual: su confianza, su fe en lo por venir. Cada vez se mira menos al pasado como algo extraño, como instrumento de combate. Es que se salvan las dificultades que hacían posible la lucha; es que el mexicano, al definirse, como se viene haciendo, se coloca en plano superior a los antagonismos de otra hora. Sólo la intervención de manos extrañas podría revivir esos conflictos. Nos hallamos en una nueva época de nuestro desarrollo, en la que todo tiende a definir nuestra personalidad: la política social de los regímenes revolucionarios, el ataque y la crítica a todas las desigualdades, las manifestaciones del arte propio, la arquitectura, la música y la danza, el teatro y la poesía; en suma, la nueva filosofía de la Historia, a cuyo nacimiento asistimos en estos días.

NOTA

¹ Silvio ZAVALA, "Síntesis de la Historia del pueblo mexicano". *México y la Cultura*. México, Secretaría de Educación Pública, 1946. Pp. 38 ss.